

20 de febrero

**M**e llamo Miguel, tengo trece años y soy poeta. Bueno..., poeta, poeta, lo que se dice poeta, aún no lo soy. Pero ese es mi sueño. Ese es mi gran sueño.

Don Ignacio, el maestro, dice que puedo ser poeta y mucho más, que talento no me falta, aunque en mi casa no opinan lo mismo. Mi madre habla poco. Yo creo que se calla todo lo que piensa. Por eso, en el fondo, creo que está de mi parte. Ella quiere que sea feliz y que se haga la voluntad de Dios. Eso es lo que dice, que se haga la voluntad de Dios. El problema, como siempre, es mi padre. Para él no hay mejor oficio que el suyo: cabrero. No se cansa de repetir «de padres cabreros, hijos cabreros». Y de ahí no hay quien lo saque.

*José Luis Ferris*

Vivimos en una calle larga y en una casa grande y soleada, al pie de un monte. No somos pobres. A la escuela voy siempre limpio y bien peinado. Tenemos un ganado con más de cien cabras y casi cincuenta ovejas. Vendemos leche y lana. Yo ayudo en lo que puedo. Con mi hermano Vicente reparto la leche que se ordeña cada día. También hago de pastor cuando lo manda mi padre. Sé guiar el rebaño. Sé silbar para llamar a las cabras distraídas. Las conozco a todas. A muchas les puse yo mismo el nombre: Estrella, Birlocha, Canela, Dulcina, Blanca, Retama... Mi favorita es Lucera, que me sigue a donde voy como un perrillo faldero.

Mi padre sabe que no le hago ascos a nada y que obedezco sin protestar cuando me dice que ayude en las labores del campo, pero si tengo que escoger, elijo la escuela. Con don Ignacio aprendo cosas fascinantes. Dice que soy un alumno de mucho provecho. Eso dice. La escuela está a unos metros de mi casa, detrás del colegio Santo Domingo, un edificio tan grande como una catedral al que acuden cientos de niños de familias importantes. Ellos llevan uniforme. Nosotros, los de mi escuela, vamos cada

27 de agosto

Pablo, Luis y Rafael se han marchado. En el sótano de la residencia quedamos muy pocos niños. También Maruja y Alberto se fueron de su escuela. Solo Vicente y Dámaso me acompañan en estos días de guerra y en este oscuro lugar al que llegan, lejanos, el estruendo de las bombas y el sonido de las sirenas.

Don Juan Ramón pudo viajar al otro lado del mar y ya descansa en un país amigo. También don Ramón y don Alberto tuvieron que irse hace unas semanas. De los maestros, solo queda don Antonio, que nos informa de la guerra y nos lee cuentos y romances antes de dormir. Hoy le he enseñado la carta que recibí de mi hermana.

Me cuenta Encarnación que, en el pueblo, la tristeza lo ha invadido todo: las calles y los campos.

*José Luis Ferris*

Las cabras apenas dan leche y en las casas donde antes había pan y alegría, ahora solo hay pobreza y hambre. Mi padre ha visto menguar el rebaño y solo le queda la mitad de las cabras y las ovejas que tenía. Mi hermano anda con él pero le preocupa que cualquier día vengan a buscarlo y se lo lleven también a la guerra.

No sé cuánto tiempo tendremos que seguir en este sótano. Ahora es verano y casi parece un alivio estar en un lugar tan fresco como este, pero si la situación se alarga, como dice Dámaso, llegará el invierno y el frío convertirá el refugio en una nevera.

Nos alumbramos con una bombilla que solo se apaga por la noche, para dormir. Aún queda fruta, agua y latas de conserva. Por comida no será, pero ya se ve que el tiempo nos va entristeciendo por dentro. Suerte que Vicente no se ha puesto malo y que su riñón, el único que tiene, le está funcionando bien. Aquí no hay médico y apenas quedan medicinas.

Yo observo mucho a don Antonio. Para mí es una tranquilidad tenerlo cerca. Nos cuanta cosas de auténtico sabio. Él sabe muy bien lo que pasa